

EN EL VIENTO ESCUCHAMOS SUS RISAS. EN LA LLUVIA VEMOS SUS LÁGRIMAS:

LAS MADRES QUE BUSCAN A SUS HIJOS Y SERES QUERIDOS MIENTRAS MÉXICO LIMPIA SUS ESTADIOS

Frente al optimismo oficial y la fiesta del Mundial 2026, los colectivos de búsqueda desafían la indiferencia gubernamental, el subregistro institucional y el terror del narcotráfico para rescatar los rostros que la burocracia insiste en borrar.

POR: EL MACHETE

MÉXICO – 5 JUN 2026

El 30 de mayo de 2026, exactamente a las nueve de la mañana, un automóvil viejo se detiene en el estacionamiento de la tienda Coppel colindante con Calzada de Tlalpan, a unos pasos del Estadio Azteca. De él desciende la familia de Raúl Ventura Santiago, un hombre de 47 años que se esfumó de la tierra el 8 de febrero de 2024 mientras conducía en la carretera de Ciudad Madero, Tamaulipas. Han sido convocados por colectivos de familiares de víctimas para realizar una pega masiva de fichas de búsqueda en las inmediaciones del coloso mundialista. El cuidador de coches de Está Padel Tlalpan les pide que lo quiten o que paguen el tiempo de estancia, ya que el Padel renta el espacio a la tienda Coppel para el disfrute de sus miembros. Al final, terminan retirándolo por no poder pagar el piso de un estacionamiento privado solo para exigir el derecho a buscar.

Ese pequeño roce cotidiano ilustra la maquinaria de exclusión que rodea a la tragedia mexicana. Apenas unas calles más adelante, la historia de Inocencia González se mide en cifras similares: le costó exactamente 280 pesos imprimir la playera que lleva puesta. Para cualquier turista que camina entusiasmado hacia los accesos del remozado Estadio Azteca, esa cantidad representa apenas el costo de una cerveza o un souvenir del Mundial. Para Inocencia, representa un dilema angustiante: elegir entre comprar la prenda con el rostro de su hija o pagar las fotocopias de la carpeta de investigación que la fiscalía local le exige costear de su propio bolsillo. Sobre su pecho se lee un nombre que repite como una oración: Cynthia González González. Tenía 26 años, estudiaba el séptimo semestre de Ingeniería Petrolera en Poza Rica, Veracruz, y desapareció la

mañana del 12 de junio de 2024, minutos después de haber acudido a denunciar a los policías municipales que la acosaban.

Aquella jornada del 30 de mayo, Inocencia y decenas de mujeres lograron esquivar los cercos privados y tapizaron los postes de luz y los muros de concreto rumbo al Estadio Azteca. Querían aprovechar los ojos del mundo puestos en México para gritar que sus hogares están rotos. Apenas tres después, el 3 de junio, un recorrido del periódico *El Machete* confirmó lo que las familias ya sabían: el asfalto lucía impecable, gris, mudo. El personal de limpieza de la alcaldía había removido cada papel, cada fotografía, cada rastro de dolor. Borrados por decreto estético.



Inocencia González, con la ficha de búsqueda de su hija, Cynthia González.

La escena se repitió el 4 de junio en los alrededores del estadio Nemesio Díez, en Toluca. A solo unas horas de que la Selección Mexicana disputara su último encuentro de preparación frente a Serbia, un grupo de madres transformó el pavimento en una pequeña cancha de fútbol improvisada. Usando sus mantas y las fotos de sus ausentes para delimitar las porterías, jugaron una 'cascarita' bajo la mirada atónita de miles de aficionados que portaban la camiseta verde. Mientras la masa eufórica celebraba los goles de la despedida tricolor, las madres intercambiaban pases entre rostros de jóvenes que nunca volvieron a casa. En el México de 2026, la memoria estorba al espectáculo.

La guerra de las cifras y el registro fantasma

La pulcritud urbana que el Gobierno intenta proyectar hacia el exterior colisiona de frente con una feroz batalla estadística. Oficialmente, el discurso de la presidenta Claudia Sheinbaum ha intentado acotar la crisis, fijando públicamente la cifra de desaparecidos en torno a los 43,000 casos mediante un polémico censo de verificación casa por casa. Sin embargo, los datos abiertos del Registro Nacional de Personas Desaparecidas y No Localizadas (RNPDNO), al corte del 5 de junio de 2026, arrojan una realidad indomable: el país acumula un histórico de **402,194 personas registradas**, de las cuales **134,803 continúan formalmente desaparecidas y no localizadas**, mientras que **244,880 han sido ubicadas sin vida** o en condiciones de extrema violencia.

Para las madres de los colectivos, incluso la cifra de 134,000 es un número irreal, un maquillaje burocrático diseñado para ocultar la verdadera magnitud del desastre porque "al gobierno simplemente no le conviene que se sepa cuántos nos faltan". El caso de Cynthia González González es la prueba científica de esta simulación: a pesar de que su madre ha recorrido fiscalías, ha confrontado a senadores y su caso cuenta con denuncias formales desde 2024, el nombre de Cynthia **no aparece en el registro oficial de personas buscadas**. Es una ciudadana invisible para el sistema, un cero en la contabilidad del Estado.

A este abismo de ausencias y subregistros se suma un colapso forense que las instituciones de justicia administran con indolencia. "Estamos hablando de cerca de 72,000 personas fallecidas que yacen en las morgues, fosas comunes

y servicios periciales del país sin una identidad", explica Penny Ramírez, especialista del Programa de Derechos Humanos de la Universidad Iberoamericana. "Si cruzas las dos cifras, es evidente que una gran parte de las respuestas que las madres buscan con palas en los cerros está guardada bajo llave en los refrigeradores del propio Estado. Pero el personal no aumenta y la voluntad política menos", añade.

El análisis de Ramírez desmitifica la narrativa oficial que reduce las desapariciones a "ajustes de cuentas" entre agrupaciones delictivas. Desde la academia, el programa de la Ibero ha identificado patrones delictivos subyacentes muy claros. En el caso de los hombres, el porcentaje mayoritario responde a lógicas de reclutamiento forzado por parte de los carteles de la droga para utilizarlos como mano de obra esclava o sicarios desechables. En el caso de las mujeres, la desaparición suele ser la antesala o el mecanismo de ocultamiento de feminicidios y redes criminales de trata de personas. Todos estamos expuestos, pero el Estado prefiere catalogar cada expediente como un asunto administrativo de baja prioridad.

El mitin y el cerco: El día que Noroña pidió "grabar" el dolor

La distancia entre la retórica gubernamental y la realidad del terreno se mide en gestos de profunda desidia. El desencuentro más agudo de las últimas semanas ocurrió en San Felipe del Progreso, Estado de México. Durante un mitin de uno de los partidos del poder, Morena, el senador Gerardo Fernández Noroña proclamó ante el micrófono que "quería conocer a una madre buscadora", sugiriendo ante sus simpatizantes que la crisis era una exageración amplificadas por los bloques opositores.

Inocencia González estaba entre la multitud. Con la ficha de Cynthia en alto, avanzó hacia el templete, subió los escalones y extendió la mano solicitando el micrófono para hablar en nombre de su colectivo, *Luciérnagas*. La respuesta del legislador y de su equipo de seguridad no fue el diálogo, sino el cerco humano.

El acceso a la palabra le fue negado de forma tajante. Mientras los colaboradores del senador la empujaban sutilmente para obligarla a bajar de la estructura, los asistentes comenzaron a corear consignas para ahogar sus

reclamos. El momento cumbre del desdén quedó registrado en las transmisiones en vivo: ante la insistencia de Inocencia, Fernández Noroña instruyó públicamente a su equipo con una frase que los colectivos interpretaron como un acto de intimidación: "Grábenla".

"Soy una madre buscadora... conozco a muchas", relató Inocencia minutos después, con el llanto contenido y la playera de Cynthia arrugada entre los dedos. *"Ese señor dice que no hay madres buscadoras... quería decirle a este señor lo que sienten las madres. Pero la justicia en este país es para quien tiene dinero; nosotras no tenemos nada".*

La historia de Cynthia González desarmó por completo el cerco mediático. Su caso ilustra cómo las instituciones locales operan con frecuencia de la mano del crimen organizado. El 30 de enero de 2024, la joven fue detenida injustamente por elementos de la policía municipal de Veracruz bajo cargos falsos. Tras una extenuante batalla legal encabezada por su madre, el 15 de marzo fue liberada al no encontrarse una sola prueba en su contra. Sin embargo, los agentes que la habían encarcelado iniciaron una campaña sistemática de hostigamiento y amenazas en las calles. El 12 de junio de 2024, a las 8:30 de la mañana, Cynthia acudió a interponer una denuncia formal por acoso contra los oficiales en la fiscalía estatal. Fue la última vez que se supo de ella. Dos años después, los policías que la acosaban siguen portando el uniforme y cobrando un salario, mientras su madre recorre el país repitiendo que a Cynthia se la llevó el mismo Estado.

Salones alfombrados y mesas de atención vacías

Mientras las familias remueven la tierra con las uñas, las prioridades del Poder Ejecutivo se despliegan en los salones del Palacio Nacional. En lo que va de su encargo, la presidenta Claudia Sheinbaum no ha sostenido un solo encuentro oficial con las organizaciones de madres buscadoras, manteniendo la política de distanciamiento y cerco que caracterizó el cierre del sexenio anterior.

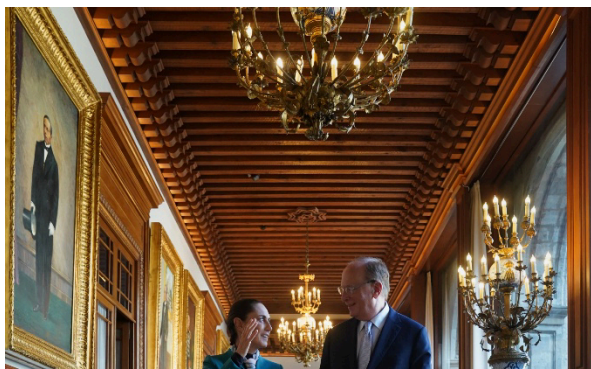
Cuando los colectivos logran presionar para abrir canales institucionales, el resultado suele ser la simulación. Las llamadas "mesas de atención" implementadas por las autoridades locales y federales se han convertido en cementerios de promesas. "Nos sentamos, firmamos minutas, establecemos

puntos detallados, pero todo se queda ahí, en el papel. No se respeta ni uno solo de los acuerdos", denuncian las activistas. Es precisamente por ese vacío crónico de las Comisiones de Búsqueda oficiales —más preocupadas por la burocracia que por salir a las fosas— por lo que las madres se ven obligadas a salir a los terrenos baldíos con sus propias herramientas. La exigencia actual es clara y apunta a la cúpula de la Consejería Jurídica del Ejecutivo Federal: "Le pedimos a Ernestina Godoy que nos reciba ella personalmente, no su gente, no los secretarios de los secretarios que no tienen poder para resolver nada".

En contraste, la agenda presidencial exhibe una notable agilidad para otros sectores de la esfera global. Sheinbaum se ha reunido ya en dos ocasiones con Larry Fink, el poderoso presidente del fondo global de inversiones BlackRock, para afinar detalles sobre la infraestructura y la certidumbre económica de los mercados internacionales. Asimismo, las cuentas oficiales del Gobierno Federal se han llenado de imágenes de la mandataria recibiendo a celebridades mundiales, como la mítica banda irlandesa U2 o la agrupación de pop coreano BTS, eventos que la propaganda utiliza para proyectar una imagen de país vanguardista, estable y moderno.



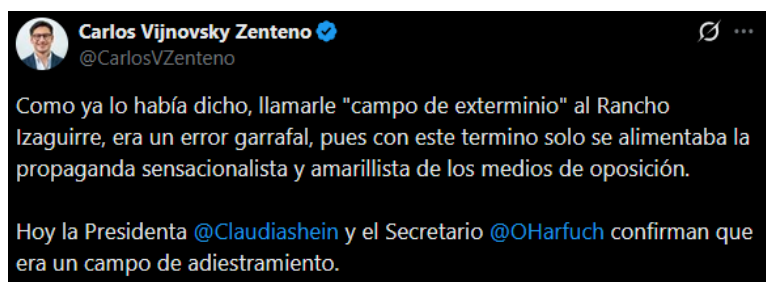
"Es una bofetada en la cara", sentencia Inocencia. "Les diría a las personas que vienen de otros países a ver el fútbol que tengan empatía con nosotras. El fútbol es hermoso, pero esto que pasa en México es una catástrofe humanitaria y necesitamos auxilio de donde sea" menciona Inocencia González.

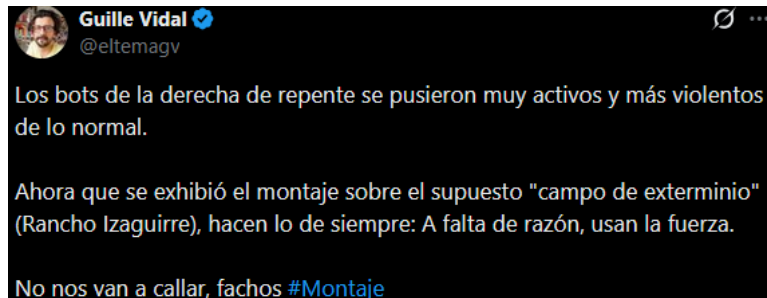


Sheinbaum y Larry Fink

Esta política de invisibilización se traslada con fuerza al ecosistema digital, donde creadores de contenido y opinadores afines al gobierno oficialista se encargan de desacreditar los hallazgos de las buscadoras. Voces como la del comunicador digital afín al gobierno de Morena, Guille Vidal han calificado reiteradamente el descubrimiento de cementerios clandestinos como propaganda de la derecha orientada a golpear la imagen de la administración del actual gobierno, o Carlos Vijnovsky Zenteno de El Soberano, un medio digital que repite la línea dada por el gobierno, quien ha negado que campos de exterminio como el Rancho Izaguirre en Teuchitlán, Jalisco, no existen.

El Rancho Izaguirre, en el municipio de Teuchitlán, Jalisco, donde colectivos independientes documentaron un presunto campo de exterminio masivo controlado por los carteles locales, el cual fue desestimado rápidamente por las autoridades federales para evitar que opacara las campañas turísticas del torneo mundial es uno de los ejemplos más crudos de esto.





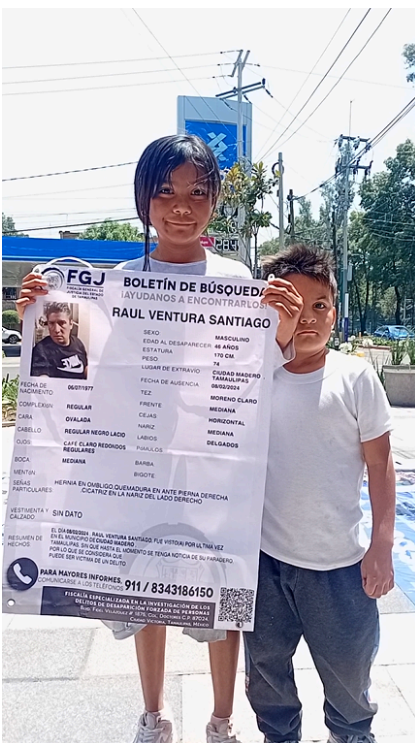
Alicia Gallegos: El calvario de empezar en la absoluta soledad

A unos metros del Estadio Azteca, tras haber sido retirada del estacionamiento comercial, doña Alicia Gallegos García mira con timidez el despliegue de las lonas de otros colectivos. Ella representa la inmensa mayoría silenciosa de la crisis: aquellas familias que no pertenecen a grandes organizaciones, que carecen de asesores jurídicos y que inician su calvario arrastrando los pies en la más absoluta soledad.

Su esposo, Raúl Ventura Santiago, desapareció hace exactamente dos años en Tampico, Tamaulipas. Tenía 47 años; hoy debería celebrar sus 49. Su trabajo consistía en trasladar vehículos particulares y flotillas de empresas de una entidad a otra. "Un día fue a dejar unos carros de una empresa y ya no regresó", relata Alicia con una voz apenas audible. "Nada más nos hablaron por teléfono para decirnos que ya no sabían de él. Hemos ido a todas las delegaciones de policía, a las fiscalías del estado y a las federales, pero nadie se mueve. Nadie investiga nada".

La odisea de Alicia describe el laberinto burocrático que el Estado impone a las víctimas para desgastarlas hasta el cansancio. "Me piden papeles y papeles, actas de nacimiento, copias de identificaciones, constancias de matrimonio. Se

los llevo todos, pero nunca me hablan por teléfono para darme una noticia. Si yo no voy a darles vueltas, la carpeta de mi esposo se queda juntando polvo. Si nosotros no fuéramos pobres, mi esposo ya estaría en casa".



Nietos de Raúl Ventura Santiago, con la ficha de búsqueda de su abuelo

A la parálisis judicial se le suma la extrema vulnerabilidad económica y el acecho de extorsionadores que lucran con los datos de las fichas de búsqueda. "No tenemos recursos para andar viajando a Tampico a ver si se sabe algo. A veces nos llaman y nos piden dinero prometiendo darnos información de su paradero, pero la verdad no tenemos. Yo vivo al día con mi hija soltera y mis tres nietos que dependen por completo de lo poco que ganamos", confiesa Alicia, mostrando cómo la desaparición de un padre de familia desmantela de golpe el tejido económico y condena a los sobrevivientes a la marginación. Este mitin en el coloso deportivo es su primer contacto con un colectivo civil, gracias al patrocinio de activistas como Gabriela Alonso Villarruel, que financia traslados y materiales para dar voz a las que no la tienen.

El doble fuego: La policía limpia las calles, el narco las asesina

Ante la abdicación de las fiscalías, las madres mexicanas han tenido que aprender nociones de criminalística, derecho penal y antropología forense. Colectivos como *Luciérnagas* operan a través de una red subterránea de mensajes anónimos. En teléfonos celulares desechables reciben de pronto un mensaje de texto con una coordenada satelital o un mapa dibujado sobre una servilleta acompañado de una frase escueta: *"Busquen ahí, enterraron a varios"*.

Con esa única pista, salen a rastrear los predios baldíos, los cerros y las barrancas. Lo hacen sin el equipo mínimo necesario porque el financiamiento sale enteramente de sus bolsillos. "Vamos a las prospecciones de campo y no tenemos botas de seguridad, no tenemos pantalones gruesos para las espinas, no tenemos chamarras para las noches en el cerro", lamenta Inocencia González. "Tampoco tenemos las batas esterilizadas que se deben usar para levantar un resto óseo sin contaminarlo, ni guantes suficientes. A veces tenemos que decidir si gastamos 280 pesos en una playera con la foto de nuestro hijo o guardamos ese dinero para pagar las copias certificadas que los ministerios públicos nos ponen como traba".

Esta labor de sustitución de la justicia penal las coloca bajo un fuego cruzado letal. Por un lado, se enfrentan al acoso administrativo de las autoridades locales y los gobiernos de los estados, empeñados en arrancar sus fichas de los postes para mantener limpia la fachada urbana de las sedes del Mundial. Por el otro, encaran la violencia directa de los carteles de la droga, que vigilan sus excavaciones y ven en las palas de estas mujeres una amenaza directa a sus zonas de control y fosas de exterminio.



Pegas y graffiti en el Estadio Azteca, 30 de Mayo de 2026. Foto: El Machete

Incluso en la Ciudad de México, el hostigamiento institucional es persistente. A pesar de que desde el 14 de enero existe un exhorto oficial dirigido expresamente a las alcaldías y a su personal operativo para prohibir el retiro de las fichas de búsqueda —reconociéndolo como un derecho humano fundamental de las familias—, las cuadrillas nocturnas continúan barriendo con las imágenes. Para el poder, un poste limpio vale más que una pista criminal.

En el resto del país, el peligro escala a niveles mortales. En los últimos años, activistas y buscadoras independientes han sido ejecutadas a tiros en plena vía pública o en el interior de sus domicilios por comandos armados del crimen organizado. El narcotráfico no tolera que las madres rompan el silencio de la tierra. Mientras tanto, el Mecanismo de Protección para Personas Defensoras de Derechos Humanos reacciona tarde, ofreciendo botones de pánico inútiles en zonas sin señal telefónica o revictimizando a las fallecidas sugiriendo que sus asesinatos obedecieron a causas ajenas a sus labores de rastreo.

En el viento escuchamos sus risas, en la lluvia vemos sus lágrimas.

El lamento de las madres mexicanas resuena con los ecos de otras infamias de la historia contemporánea. En 1987, la agrupación de rock U2 grabó la pieza "*Mothers of the Disappeared*" (Madres de los desaparecidos) para su álbum *The Joshua Tree*. Bono compuso la melodía tras reunirse en Santiago de Chile y Buenos Aires con las Madres de Plaza de Mayo y los familiares de los detenidos desaparecidos por las dictaduras militares sudamericanas de los años setenta.

Casi cuatro décadas después de que se escribieran esas líneas para el Cono Sur, sus versos describen con escalofriante exactitud lo que ocurre cada noche en las periferias de las sedes mundialistas mexicanas:

Resulta una paradoja cruel que la misma administración que recibe con honores

a las estrellas internacionales de la música en los despachos presidenciales para validar su prestigio exterior sea la que, en las avenidas colindantes del Estadio Azteca, instruye a las cuadrillas nocturnas para arrancar el papel donde está impreso el rostro de Cynthia González o el de Raúl Ventura.

Sin embargo, el borrado oficial tiene un límite mecánico. Las mujeres de los colectivos aseguran que no hay pintura suficiente en los almacenes del gobierno para tapar los nombres de los 134,803 ausentes reales. Mientras el balón rueda en las canchas perfectas del Mundial de 2026, y aunque un cuidador privado les exija pagar por el derecho a estacionarse, la tierra removida por las palas de las madres seguirá hablando, revelando los cuerpos que la burocracia insiste en negar y demostrando que, por más que limpien las paredes, las lágrimas de este país seguirán viéndose en la lluvia, y las madres continuarán escuchando los latidos de los corazones de sus seres queridos que aún no se encuentran en casa.

